

¿POR QUÉ ES TAN DIFÍCIL TRANSITAR DE LA RIQUEZA NATURAL AL DESARROLLO ECONÓMICO-SOCIAL?: UN ENFOQUE DESDE LA ENFERMEDAD HOLANDESA

Wilmar H. Ascárraga Sejas
Docente-Investigador IESE-UMSS

Introducción

Desde los albores de la ciencia económica, el rol de los recursos naturales en el desarrollo económico, han generado gran interés entre la comunidad académica y los hacedores de política que, sin embargo, no ha sido resuelta. En algunos casos han tenido un papel relevante para el desarrollo económico, mientras que en otros su contribución ha sido marginal, llamando crecientemente la atención de los *politymakers*. El debate ha recobrado vigencia dado el auge de las materias primas y la proliferación de nuevas iniciativas económicas en los países en desarrollo vinculadas con la explotación de los recursos naturales como base de su industrialización.

Como se ha dicho, la relación entre recursos naturales y desarrollo económico en la literatura económica ha sido objeto de permanente análisis en tanto que muchos países en desarrollo y con abundantes recursos naturales no han logrado convertir su riqueza natural en desarrollo económico. Ésta transición ha sido una excepción más que una regla. A tal punto, que en la literatura económica, los países con abundancia de recursos naturales han sido considerados que sufren de “enfermedad holandesa” o de la “maldición de los recursos naturales”. En este sentido, una pregunta fundamental es: ¿Por qué es tan difícil la transición de la riqueza natural al desarrollo económico? ¿Cuáles son las condiciones que pueden promover una industrialización basado en los recursos naturales?.

Históricamente, el desempeño de la economía boliviana ha estado vinculado a la explotación y exportación de los recursos naturales, principalmente de minerales e hidrocarburos. A principios de los setenta, la bonanza fue de minerales; en la segunda mitad de los noventa se presentó una bonanza agrícola, cuyo principal componente fue la soya, y en la actualidad coexisten una nueva bonanza de soya, caña y girasol y una bonanza proveniente de la exportación de gas a los países vecinos. Bolivia no solo es el país que más bonanzas ha tenido en Suramérica sino que es el

principal ganador del boom de materias primas, ya que el índice neto de precios de materias primas (el cociente ponderado de los índices de precios de materias primas exportadas e importadas) se ha incrementado en 261% en el periodo 2001- 2008 (Sinnott et. al (2010)) y, ocupa el segundo lugar, en términos de tamaño como fruto del cúmulo de bonanzas, después de la bonanza de soya de Paraguay y antes de la bonanza cuprífera de Chile.

En este contexto, hay dos datos relevantes a tomar en cuenta en la estructura productiva y exportadora de Bolivia: i) que los precios de las *commodities* son más volátiles que los de los bienes manufactureros, lo que afecta la estructura productiva y el crecimiento económico de un país, ii) la dependencia de recursos naturales puede tener efectos más adversos que la abundancia de dichos recursos, y que el impacto negativo se acentúa en el caso de los recursos naturales puntuales (*point-source*) -como el gas y los minerales, principales productos de exportación-, puesto que generan mayor cantidad de problemas potenciales, en comparación con recursos naturales difusos como los provenientes de la agricultura y la ganadería.

Dado que la relación entre recursos naturales, industrialización y desarrollo económico es una pregunta abierta (es decir, sin consenso teórico generalizado y evidencia empírica e histórica definitiva: puesto que hay países para los cuales los recursos naturales han sido una “maldición” y para otros han sido una “bendición”), en este artículo se considera como elemento fundamental la interacción entre la estructura productiva, economía política y el marco institucional para la transición y la transformación de los recursos naturales en desarrollo económico-social.

Recursos naturales, industrialización y desarrollo: “enfermedad holandesa”

El término fue acuñado por la revista británica “*The Economist*” en 1977, para describir la declinación del sector manufacturero holandés después del

descubrimiento de gas natural en la plataforma continental del país en el Mar del Norte. De acuerdo con Corden (2012), existe la enfermedad holandesa cuando al menos una industria transable se ve afectada negativamente por la caída del tipo de cambio real.

Bajo la enfermedad holandesa, la desindustrialización puede ocurrir a través de dos mecanismos. En primer lugar, directamente, debido a que el empleo, la producción y otros recursos de la economía empiezan a moverse y orientarse al sector energético (efecto movimiento de recursos), al considerar que este tiene un mayor producto marginal. Asimismo, el incremento de ingresos en la economía, además de apreciar el tipo de cambio nominal, puede impulsar una mayor demanda de productos transables y no transables (efecto consumo). Dado que el precio de los primeros es determinado en el mercado internacional, ese aumento de la demanda se traduce en mayores importaciones. De tal manera, que los precios en el sector no transable aumentan, así como los costes de los insumos y los salarios, lo que reduce los beneficios de las empresas en el sector transable no energético y deteriora la competitividad de sus exportaciones.

En segundo lugar, el desplazamiento de la industria puede manifestarse indirectamente, a través del incremento relativo de los salarios respecto a la productividad del trabajo (y por ende del coste unitario laboral), como consecuencia de la mayor demanda de empleo generada por la expansión del sector energético. En este sentido, en la literatura especializada la industria manufacturera es considerada el principal motor del crecimiento económico debido a su capacidad de generar retornos dinámicos crecientes (Kaldor, 1960), a mejoras en la división del trabajo, cambios tecnológicos y beneficios de las economías de escala (Ocampo, 2005), a que genera externalidades en el desarrollo tecnológico, la generación de habilidades y la capacitación, que son cruciales para la competitividad. Como sostienen McMillan y Rodrik (2011), desde la perspectiva del cambio estructural, la industria manufacturera se transforma en el motor del crecimiento económico. Siendo en general la explotación de recursos naturales una actividad asociada a un bajo contenido tecnológico y a un empleo de trabajo con nivel de cualificación relativamente escasa, estimularía una acumulación de capital humano limitada (Kim, 1998; Gylfason et al., 1999; Bravo-Ortega y De Gregorio, 2006). Una prolongada

desindustrialización podría afectar la trayectoria de algunos procesos de aprendizaje y por ende el crecimiento económico. UNIDO (2013) sostiene que los países ricos en recursos naturales tienen niveles más bajos de desarrollo industrial (especialmente en industrias claves para el crecimiento en países de desarrollo medio, como aparatos eléctricos, vehículos y químicos). De hecho, no existe un solo país en el mundo que haya alcanzado un alto nivel de desarrollo económico y social sin tener un sector industrial avanzado y desarrollado (UNIDO, 2014).

Implicancias políticas de la Enfermedad Holandesa

Hay mucha evidencia empírica (Magud y Sosa, 2013; Van der Ploeg, 2011) que muestra que América Latina y el Caribe han sufrido sistemáticamente la enfermedad holandesa, en tanto los tipos de cambio reales tendieron a apreciarse, se han dado procesos de desindustrialización, y las cuentas externas se movieron hacia el déficit. Cerezo (2014) basado en un modelo econométrico de las condiciones de Oomes y Kalcheva (2007) busca detectar la “enfermedad holandesa” en la economía boliviana en el periodo 2000-2010. De los resultados de Cerezo (2014), se puede evidenciar que Bolivia ha sufrido dos síntomas de la “enfermedad holandesa”: i) la tasa de cambio real ha aumentado, pero en forma marginal debido a la prudente política cambiaria del Banco Central de Bolivia; ii) el precio de los bienes no transables, o de servicios, ha aumentado en la economía; no obstante, el crecimiento en el sector manufacturero no se ha reducido. Sin embargo, dado que como señala Cerezo (2014) que solo el sector de textiles y el de prendas de vestir y productos de cuero han experimentado reducciones en su tasa de crecimiento real y bajo la conceptualización de Corden (2012), que existe la enfermedad holandesa cuando al menos una industria transable se ve afectada negativamente por la caída del tipo de cambio real. En definitiva, habría que concluir, que Bolivia si adolece de la “enfermedad holandesa”.

En este sentido, las condiciones necesarias para la industrialización basado en recursos naturales son los siguientes: políticas monetarias, fiscales y cambiarias prudentes (Álvarez y Fuentes, 2006a; Budina, Pang y Wijnbergen, 2006; Larsen, 2006; Gianella, 2007; Baunsgaard et al., 2012), por lo que se propone la orientación de los ingresos fiscales generados por los recursos naturales a la creación de fondos de reserva con fines de estabilización macroeconómica y de inversión de largo plazo en beneficio de las generaciones futuras.